

Domingo Santísima Trinidad

Éxodo 34, 4b-6. 8-9; 2 Corintios 13, 11-13; Juan 3, 16-18

«*Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres, bendito tu nombre santo y glorioso»*

19 Junio 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«*Alegraos, enmendaos, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz.
Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros»*

La pregunta que surge una y otra vez en el corazón tiene que ver con nuestro lugar en el mundo y con nuestra verdadera identidad. ¿Para qué nos ha creado Dios? ¿Quiénes somos de verdad? Cuando el hombre busca esa identidad fuera de Dios corre el peligro de no llegar a saber quién es realmente. No obstante, muchos creyentes viven sin saber quiénes son, porque tampoco conocen a Dios. Se han enamorado de una idea de Dios, no de un Dios personal. Leía hace poco: «*Nuestra identidad es esa persona que esperamos ser, el yo que cada uno de nosotros lleva dentro. Una identidad basada en Dios significa que, cuando pensamos en quiénes somos, lo primero que se nos viene a la mente es nuestra condición de seres intensamente amados por Dios»*¹. El amor de Dios nos construye y nos devuelve nuestro rostro más auténtico. El camino para descubrirnos comienza por sabernos profundamente amados por Dios de forma única e incondicional. Cuando nos enfrentamos a Dios y descubrimos su rostro, nos encontramos con nosotros mismos, con la voz que clama en lo profundo de nuestro ser. Somos imagen de la Trinidad, somos el reflejo más perfecto de Dios Trino. Cuando nos abrazamos al Padre como hijos, cuando nos identificamos con Cristo en la cruz, cuando el Espíritu Santo transforma con su poder nuestra vida. Somos imagen y nuestro camino en la vida es ir dejando que Dios logre reflejar en nosotros toda su belleza. Sin ese paso de entrega sumisa al querer de Dios Él no podría hacer nada con nosotros. La labor es lenta y difícil porque nos escondemos debajo de máscaras y caretas por miedo a nuestro desconocido mundo interior, por miedo a encontrar «dragones» en nuestra alma inquieta. **Si nos dejamos trabajar por Dios, Él logrará sacar lo más nuestro, lo más suyo, lo verdadero.**

Pero lo importante es caminar con una certeza en la vida: la certeza de saber que formamos parte de la película de Dios. Es importante, porque esta percepción depende sólo de nosotros, es algo muy subjetivo. A veces creemos que nos dejan fuera, que Dios nos olvida y los demás no nos valoran ni nos toman en cuenta y nada nos resulta como queremos. Sin embargo, todo está en nuestra cabeza llena de dudas e incertidumbres, llena de fantasías de colores y sombras que todo lo oscurecen. Esa cabeza inquieta que se confunde tanto. La película importante es la nuestra, es la que vale, es la que Dios ha elegido para ponernos como protagonistas. A lo mejor en otras películas somos sólo extras y no salimos en la foto, sin embargo, en la nuestra, no lo dudemos nunca, somos los protagonistas elegidos y buscados. Ahora bien, el papel como protagonistas no es tan importante. Queremos los mejores puestos, deseamos una película llena de acción y triunfos. Pero eso ya no es lo decisivo. Mientras sea la película soñada por Dios para nosotros lo demás es irrelevante. Decía el Hermano Rafael: «*Tanto vale en el mundo el amar a Dios en el hablar, como en la Trapa en el silencio; la cuestión es hacer algo por Él, acordarse de Él. El sitio, el lugar, la ocupación, es indiferente. Dios me puede hacer tan santo pelando patatas*

¹ David G. Benner, “El don de ser tú mismo”, 56

que gobernando un Imperio. Eso no se nos puede olvidar, el lugar no es importante, lo importante es por quién hacemos las cosas, para quién, por amor a quién. La respuesta a esas preguntas es definitiva. Cuando lo olvidamos sufrimos sin razón, llenos de miedos extraños, dominados por nuestra vanidad, pretendiendo el poder y los cargos o pensando que nuestro nombre es importante para el universo. Olvidamos que la vida que Dios ha pensado para nosotros es el mejor regalo que podemos tener. Ya sea pelando patatas, ya sea dirigiendo ciudades. **Cada uno en el lugar que Dios ha soñado.**

Hoy celebramos 10 años de nuestro Santuario de María en el centro de la ciudad de Madrid y damos gracias. Porque María eligió un lugar, soñó con él y sembró ese sueño en muchos corazones. Ella decidió que ésta fuera su tierra. Es un misterio escondido en medio del ruido y de las prisas de la ciudad. Un jardín de paz, un verdadero oasis. Un testigo de esta historia escribía: «*Los acontecimientos nos dicen que una vez más la Mater se ha instalado en el lugar donde Ella quería estar desde siempre y desde allí ha realizado y sigue realizando milagros de gracia*»². Nuestro Santuario es el hogar en el que muchos pueden encontrar en María su verdadero rostro y su camino. A lo largo de estos años han llegado al santuario muchas personas buscando paz, buscando un hogar en el que descansar, una tierra en la que echar raíces. El mundo vive crispado. La indignación llena muchos corazones. Nos rebelamos contra la vida, contra el sistema, contra los que gobiernan, contra los que tienen dinero, contra los que nos desprecian, contra los que están mejor que nosotros, contra los poderosos, contra los que se creen mejores. Nos rebelamos porque nos encontramos sin paz y no amamos nuestra vida, nada nos alegra. La indignación más profunda llega a ser contra nosotros mismos, contra nuestra incapacidad para hacer las cosas bien, para salir del barro y tocar el cielo, contra nuestro pecado. Muchas veces nos sentimos parte de ese grupo de indignados que llenan nuestras calles. Nos indignamos con la vida que es injusta. ¿Dónde está la justicia en el sufrimiento? ¿En la enfermedad y en la muerte? ¿Dónde está la justicia que nos dé el papel que merecemos y nos coloque en el lugar que deseamos? La indignación es contra la vida misma y, en realidad, contra Dios que nos ha creado. Él todo lo puede y nos ha dicho que somos imagen suya. Sin embargo, nos ha hecho tan imperfectos que podemos llegar a odiarnos. Porque la imperfección puede ser despreciable. Sólo lo que es perfecto nos parece digno de admiración. La virtud brilla, el mal nos ensombrece. Y Dios podía haberlo hecho todo distinto. Podría haber reflejado de forma perfecta su perfección. Pero no quiso. Nos amó en nuestra pobreza y respetó nuestra libertad para que camináramos hacia Él, **confiando sólo en las huellas con las que nos muestra el camino a seguir.**

Hoy nos reconocemos débiles ante María, y queremos pedirle que sea nuestra Reina. Nos sentimos continuamente turbados, dispersos y divididos por la vida y sus exigencias. Nos indignamos. Anhelamos una paz que no desaparezca ante los avatares del mundo. Queremos descansar, porque las preocupaciones nos turban y nos hacen girar en torno a nuestros miedos. Queremos encontrar en María un nuevo lugar en el que poder ver a Dios; en Ella queremos entender las luces y las sombras y deseamos percibir el amor más grande que nos permita volver a nacer. Aquí volvemos a comenzar y nos dejamos hacer de nuevo. La confianza se hace oración: «*Le digo a María: dejo mi pasado, mi presente y mi futuro en tus manos. Cógelo, Madre, y haz lo que quieras para mí*». Esa confianza ciega ha hecho de este pequeño jardín de María un lugar donde los corazones son transformados. Se ha convertido en un taller en el que Dios trabaja cuando los corazones jóvenes se dejan educar. Cuando venimos sin paz creemos que nada es posible, nos sentimos fuera de la película y no sabemos lo que Dios quiere de nosotros. Vamos de un lado a otro sin saber qué hacer. Recibir la paz del corazón significa mucho más que estar tranquilos. No buscamos un estado del alma en el que vivir sin sufrir ni padecer. No es

² “En el corazón de Madrid, Tu casa”, 54

esa la paz que anhela el corazón. No nos basta una paz que surge al pensar que todo va bien. No queremos vivir una paz aburguesada, cómoda y superficial, una paz conformista que se deja llevar por la vida. No, no queremos una paz sin fuego. Una paz fría que nos deje indiferentes. No queremos ser hombres apáticos que no despierten vida con su vida. No, no es eso, la paz a la que nos referimos es distinta. La paz que anhelamos es una paz que deposite nuestra seguridad en lo más alto; una paz que nos une de forma permanente con el Dios personal de nuestra vida, con Aquel que nos ha creado y dado la vida verdadera. **Una paz llena de fuego que incendie los corazones.**

Al anclarnos en el corazón de María nos anclamos en el corazón del Dios Trino. María es el camino más rápido y directo hacia Dios. El remolino que nos adentra en los misterios del amor de Dios. En Él nuestra vida cobra una nueva dimensión, porque allí descubrimos quiénes somos y aprendemos a mirar con sus ojos. En la paz del Dios Trino volvemos a nacer. Allí nos sabemos amados y descubrimos un nuevo camino, unos sueños nuevos, una historia por hacer. Ya no nos escandalizamos, ya no nos indignamos porque María, en su amor, logra que amemos nuestra vida. Leía hace poco un testimonio: «*María me ha regalado conocerme más a mí mismo, el ser consciente de mi tremenda pequeñez y no escandalizarme por ello, el saberme tremadamente querido por Ella y por Dios Padre. Ha depositado en mi corazón no mis sueños sino los suyos*»³. Así nació el primer Santuario, de un sueño depositado en el corazón del P. Kentenich. Así nacen todos los santuarios. Así nació el nuestro hace más de diez años en los sueños que María puso en muchos corazones. Hoy esos sueños son una vida abundante para la Iglesia. Hoy volvemos a soñar y reconocemos a María como Reina de la paz de nuestro corazón. Es mucho más que simplemente abrir la puerta de nuestra alma. Es estar dispuestos a que toda nuestra historia se construya sobre la fidelidad de nuestro sí diario, sobre la roca de Dios. Tantas cosas nos turban, tantos miedos ante nuestra pequeñez, tanta indignidad que nos hace pensar que no podemos, que recibir la paz de Dios supone dar un salto de fe para comprender quiénes somos y para qué estamos aquí. La verdadera transformación sucede cuando dejamos que Dios disponga de nuestros planes. Cuando la libertad reina en nosotros y somos capaces de rezar: «*Aquí estoy, con mis sueños, mis miedos, mi inseguridad a flor de piel pero con mi voluntad firme de querer confiar en Ti, de querer amarte. Auméntame la fe, la esperanza y el amor a Ti. Señor, me quieras así y eso me da paz; cielo y barro, pero vete despegando el barro que tengo tan pegado. A veces seco y otras veces húmedo y lo siento mucho más. Pongo sobre el altar ese barro para que lo transformes en algo agradable a Ti*».

Es la oración con la que llegamos al Santuario. Es la oración del que sabe que nada le pertenece, porque todo es de Dios, todo lo ha entregado y no se guarda nada.

Lo cierto es que al coronar a María como Reina de nuestra paz, le estamos pidiendo que transforme nuestras vida y nos convierta en instrumentos capaces de transformar el mundo en Cristo. En nuestra debilidad recurrimos a María porque dudamos de nuestras fuerzas. Como decía el P. Kentenich: «*Si lo mariano posee esta cualidad en el orden objetivo, la de crear personalidades y comunidades sanas y fuertes, entonces tenemos que colocar a María de nuevo en el centro*»⁴. Hemos colocado a María en el centro de la ciudad, en el centro de nuestras vidas. Queremos pedirle que nos gobierne y vaya transformando nuestro ser porque Ella tiene ese poder. «*Nadie como María, ninguna mejor escuela nos introduce en el misterio sagrado de una vida sencilla y abierta a lo transcendente, donde lo natural y sobrenatural van de la mano y se dirigen hacia una misma meta en el quehacer cotidiano*»⁵. Dios busca corazones en los que María viva y reine, porque sabe que allí puede dar fruto la semilla del Espíritu, puede hacerse carne Cristo y puede brillar el rostro del Padre. La

³ “En el corazón de Madrid, Tu casa”, 104

⁴ J. Kentenich, Educación mariana para el hombre de hoy, 126

⁵ “En el corazón de Madrid, Tu casa”, 249

Trinidad toma morada en los corazones en los que reina María. Sabemos que no podemos caminar si no nos dejamos tomar en las manos nuestra Madre. Pero María no nos retiene. Ella es templo del Espíritu y, en la fuerza del amor de Dios, logra cambiar nuestra vida y enviarnos para que nosotros, en nuestra pobreza, cambiemos otras vidas. En el Cenáculo los apóstoles se llenaron del Espíritu y pudieron hablar en su nombre, hicieron milagros en su nombre y cambiaron el mundo en su nombre. Fueron transformados en las manos de Dios, siendo débiles, y corrieron a entregar un Espíritu que no les pertenecía. Por eso hoy nos volvemos a María para suplicar que, en la fuerza de la Trinidad, seamos hechos de nuevo. ¿No nos resulta una locura pensar en cambiar de verdad? Nos dan miedo los cambios, nos acostumbramos a nuestros límites y nos conformamos con nuestra mediocridad acomodada. Cambiar supone dar un salto en el vacío y perder seguridades. **Hoy suplicamos la fuerza del Espíritu para poder dejar todo lo que nos ata, porque nos falta la audacia necesaria para saltar solos.**

Para creer que Dios se manifiesta de forma sencilla y nos transforma hace falta la fe sencilla de Moisés y su docilidad ante la voluntad de Dios: «*El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor. El Señor pasó ante él. Moisés, al momento, se inclinó y se echó por tierra. Y le dijo: - Si he obtenido tu favor, que mi Señor vaya con nosotros, aunque ése es un pueblo de cerviz dura; perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya.*» Éxodo 34, 4b-6. 8-9. Moisés reconoce su pequeñez y se abaja ante Dios, lo necesita y suplica que tenga compasión. Se sabe pequeño y se postra ante el poder de Dios. Ora en silencio y Dios le regala la paz. Decía el P. Kentenich: «*Debemos reconocer que, si nos comparamos con San Pablo, que siempre sentía la mirada amante de Dios dirigida hacia su persona y que, con la mirada en su mirada y el corazón en su corazón, se sentía profunda e intimamente ligado a él, nosotros nos sentimos cada día más indefensos y pequeños, como si aún no hubiéramos comprendido el abc de la relación paterno-filial*»⁶. Nos hace falta crecer en esa relación filial con Dios que nos dé la seguridad de sabernos profundamente amados tal y como somos, no a pesar de nuestros defectos, sino a través de nuestra pobreza. Es el amor del Padre el que queda reflejado como el origen del universo, y el origen de nuestra salvación: «*Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.*» Juan 3, 16-18. Es la única certeza que ha de mover nuestra vida, el amor de Dios. Es la experiencia de los primeros cristianos que vivieron el amor de Dios Trino en su carne y luego trataron de explicar con palabras el misterio. Se supieron profundamente amados por Dios y explicaron cómo era el amor de un Padre por sus hijos. Se encontraron con el amor de Cristo crucificado y supieron que era Cristo el que tenía que vivir en sus corazones. Vieron en Pentecostés que sus almas se llenaban de una vida nueva y desconocida y comprendieron que ya nada volvería a ser igual al estar llenos del Espíritu Santo. Así expresaron entonces su experiencia de vida. Las palabras sólo vagamente logran acercarse al misterio. Siempre se quedan cortas, nunca logran abarcar el contenido. Nuestras palabras tocan limitadamente todo aquello que llena el corazón y nos cambia la vida. **Sólo con palabras no es posible expresar el amor, el amor se expresa con la vida.**

El camino que queremos recorrer es sencillo, pero sólo si nos dejamos hacer de nuevo en manos de María, en la fuerza del Dios Trino. Sólo podremos transformar el mundo en Cristo si estamos llenos de Dios. Sólo los testimonios vivos de fe convencen, las palabras se pierden en el vacío. Decía san Gregorio: «*La norma del predicador es poner por obra lo que predica.*» Y San Antonio, a quien hemos recordado esta semana, añadía: «*En vano se esfuerza en propagar la doctrina cristiana el que la contradice con sus obras.*» La

⁶ J. Kentenich, "Studie, 1952"

coherencia de nuestras obras conducirá al conocimiento de Dios Trino. Queremos transformar el mundo en Cristo, pero antes es necesario que seamos nosotros transformados en Cristo. Dejemos que Dios vaya puliendo el alma, quitando el barro o haciéndolo grato en su presencia. A Dios le gusta nuestro cielo y nuestro barro. A veces en el barro refleja mejor su rostro, se ve más. Cuando brillamos los demás no ven a Dios. Lo opacamos con nuestros talentos, que no son nuestros, sino suyos. Y pensamos que somos nosotros los que hacemos milagros, cuando realmente es Él el que actúa. Dios se queda en silencio contemplando nuestras caídas, sin querer hacer daño, sólo esperando el momento en que nos volvamos hacia Él. Desde el Santuario somos invitados a llevar la misión que se nos confía. Mirar a Dios y vivir conforme a Él supone un cambio radical en nuestras vidas. Es necesario ser capaces de dejar que Dios haga su obra. Una persona reconocía su impotencia en su vida para dejar a Dios mandar: *«El problema es que yo hasta ahora, vivía como si algunas cosas estuvieran en las manos de Dios y otras en las mías. En las manos de Dios estaba la salud, la naturaleza, el mundo en general, pero en las mías estaban las personas que me había encomendado y era mi obligación hacer lo que me tocaba y hacerlo necesariamente bien. No entendía por qué Dios me pedía algo que yo no sabía hacer»*. Creer que nuestra vida está totalmente en las manos de Dios exige un salto de fe. Normalmente queremos controlarlo todo. Decimos con los labios que le entregamos todo, pero cuando Dios lo toma en serio, queremos retractarnos de nuestras palabras. Sólo le dejamos a Dios lo incontrolable, como la naturaleza y el mundo inabarcable. Nuestra vida y nuestras decisiones las tomamos en nuestras manos seguros de hacerlo siempre bien. Pero no es el camino. Se trata de aprender a confiar en la conducción de Dios y de María y en el poder de sus manos en nuestra vida: *«La medida de la Divina Providencia en nosotros es la confianza que tenemos en ella»*⁷. Cuando creemos en la conducción del Dios Trino todo cambia. Reconocer a María como Reina es reconocer su poder. Nuestra vida entonces cobra una nueva dimensión, la dimensión sobrenatural. Ya no nos agobiamos con los cambios y con las dificultades; entendemos entonces que toda mudanza trae cosas nuevas. **Toda mudanza rejuvenece el alma y nos hace ser más ciudadanos del cielo. Dios conduce.**

En el Santuario somos transformados en creyentes. En el Santuario hemos sido testigos durante estos años de grandes transformaciones. Los milagros interiores pasan a veces desapercibidos. Nadie habla de las conversiones cotidianas. Permanecen en el silencio de María, en su corazón que lo guarda todo. Pero lo cierto es que en el Santuario muchas personas han crecido en su fe, han aprendido a dar la vida, han encontrado un camino y un sentido a su historia. Han dejado de ser no creyentes y se han transformado en personas creyentes, llenas de fe. Porque la diferencia que existe entre el que cree y el que no cree es que el creyente logra vivir de forma extraordinaria lo ordinario. Así han pasado ellos de no vivir su vida a vivirlo todo de forma extraordinaria. Las cosas buenas y las cruce. Porque el verdadero cristiano logra disfrutar la vida de forma sencilla, sin aspavientos, sin grandes pretensiones. Me decía una persona: *«Dios me ha renovado y mi mirada es diferente, mi alegría es más honda, tiene otras raíces, mi paz no es mía, es prestada, es regalo y mi corazón no para de agradecer»*. El creyente logra revestir de luz la oscuridad del día. En el claroscuro de la vida el cristiano ve brillar la luz por encima de la noche. Pero no sólo es feliz en la luz, porque Dios no sólo está en la luz. Nos equivocamos al pensar que sólo allí vamos a encontrarlo. Nuestro camino transcurre muchas veces en la noche y no por eso dejamos de caminar con paso firme. Cristo está en las sombras y no somos capaces de apreciar su mano que construye y conduce. Mirar el pasado es la forma que tenemos para buscar sus huellas. Al mirar nuestra historia comprendemos que en las luces y las sombras está presente y nos quiere. Su Palabra y su presencia logran devolverle a la vida la luz que ha perdido. Los discípulos de Emaús encontraron a Cristo en las sombras de una posada, al partir el pan. Un poema de José María Pemán expresa

⁷ Jackes Philip, “la paz interior”, 84

este misterio: «Yo sé que estás conmigo, porque todas las cosas se me han vuelto claridad: Porque tengo la sed y el agua juntas en el jardín de mi sereno afán. Yo sé que estás conmigo, porque he visto en las cosas tu sombra, que es la paz y se me han aclarado las razones de los hechos humildes, y el andar por el camino blanco se me ha hecho un ejercicio de felicidad. No he sido arrebatado sobre nubes, ni he sentido tu voz, ni me he salido del prado verde por donde suelo andar... Otra vez, como ayer, te he conocido, por la manera de partir el Pan» Emaús, 1917. Estas palabras convueven. Acarician el misterio de la vida. Así es cómo Dios se nos presenta en mitad del día, a medio camino, en las sombras de cada día, casi sin darnos cuenta tocamos su luz. Así es cómo nos da la paz que buscamos y endereza nuestros pasos. **Así es cómo doma nuestro espíritu indómito y doblega lo rígido de nuestro ser.**

El fruto del amor de Dios Trino en nosotros se refleja en las palabras que hoy hemos escuchado: «Alegraos, enmendaos, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz. Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros. Saludaos mutuamente con el beso ritual. Os saludan todos los santos. La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con todos vosotros». 2 Corintios 13, 11-13. Tenemos la misión de regalar una imagen cercana de Dios. La imagen de un Dios que es comunión. En el amor que nos tenemos los unos a los otros se manifiesta el amor de Dios Trino, en nuestra caridad. Porque Dios es familia. Dios es el amor creador que se nutre en la entrega. El amor que se dona y no retiene, el amor que enaltece y no limita. El amor que no hace esclavos sino hombres libres. El amor que sana y eleva los corazones heridos. Es el misterio de la Santísima Trinidad que quiere ser un don en nuestras vidas, y un don para aquellos que no conocen a Dios. El amor se nos regala para que nosotros aprendamos a amar como Dios nos ama. Le decía a Dios el otro día una persona: «*Mi verdadera cruz no es la ceguera sino el miedo a no ser capaz de hacer feliz a mis hijos y a mi mujer*». Es el miedo que muchos tenemos a no saber amar de forma incondicional, con humildad y sin reservas. Sentimos nuestra debilidad. El amor de Dios quiere quitarnos los miedos. Es el amor que enaltece y conduce a lo más alto. **El amor que siempre tiene algo más que dar y no tiene miedos. Es el amor que se entrega para que los demás vivan con plenitud.**

Despierta Dios en nosotros el anhelo de eternidad, el deseo de darnos por entero. Por eso rezamos hoy para que el anhelo de infinito crezca cada día. Decía una persona: «*Ese anhelo tan fuerte de mi corazón descansa en la idea de caminar. Me gusta pensar que nunca acaba porque Él es infinito y siempre te puede dar más y más. Esa idea de eternidad me produce una profunda paz y una profunda alegría. Es un nuevo horizonte en mi vida que me da libertad. Nunca me han gustado los topes, ni en el trabajo, ni en la vida, ni en las personas. Es la semilla de eternidad, el anhelo de eternidad grabado en el alma*». El Santuario es esa tierra en la que nacen y crecen nuestros sueños. Aquí aspiramos siempre a las cumbres más altas. Aquí descubrimos nuestro camino porque nuestros nombres están escritos en el libro de la vida, están escritos en el corazón de nuestra Reina. Hace 10 años escribimos nuestros nombres en las paredes del Santuario y enterramos en los cimientos algo de nuestra historia personal. Pero eso fue sólo el comienzo. Desde entonces muchas personas han escrito aquí sus corazones y sus vidas, se han dejado el tiempo suplicando la misericordia de Dios y pidiendo el consuelo en el dolor, han llorado y reido con María. Han descubierto su vocación de rodillas y han soñado con caminos que antes nunca habían pensado. María reina porque desde aquí Ella forja santos para el mundo, santos capaces de dar la vida, de amar sin fronteras. Aquí María nos entierra para que nuestras raíces sean profundas y beban siempre del agua más limpia, del agua que viene del corazón de Dios. Nuestra vida es un continuo caminar hacia Dios y con Dios, es un despertar el anhelo y vivir de ese anhelo de infinito que nos hace ciudadanos del cielo. El amor es el comienzo y el final de la vida. Sin amor no hay nada. El reflejo de la Trinidad en la creación es el amor. Nosotros somos su reflejo. **En nuestro barro y en nuestra vida se refleja ese rostro de Dios que sueña el mundo.**